

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por seis id. 21 »
 Por un año. 40 »
 Sale los miércoles y sábados.

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis-
 tracion. 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Un año id. 50 »
 ESTRANJERO, tres meses. 30 »
 ULTRAMAR, un año. 6 peses.

Se suscribe en la Habana:—Propaganda lite-
 raria, calle de la Habana, núm. 400.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ

Siempre he querido bien á Narciso Serra. Su carácter franco, su ingenio peregrino no son á propósito para granjearle enemigos.

Pero si alguno tiene, que nunca faltan al hombre de talento, sobre todo cuando alcanza como alcanzó Serra el favor del público, que repetía sus chistes y cantaba sus versos; si algun enemigo pudiera tener el autor de *El último mono*... ¡ya está vengado!

Nadie puede ambicionar una venganza tan cruel como la de conseguir que su enemigo sea censor de teatros y se lea en un mes de calor SESENTA Y OCHO PRODUCCIONES DRAMÁTICAS, manuscritas é inéditas.

Y Serra, censor de teatros, ha despachado, segun publican los periódicos oficiales, 68 obras dramáticas, entre chicas y grandes, durante el mes de julio último.

¡Odiemos el delito y compadezcamos la víctima!

Yo he visto hombres condenados en el apogeo de la vida, y por consiguiente de la fuerza, á trabajos forzados, y han sucumbido al poco tiempo.

He visto un marido á quien el negro destino había encomendado el más atroz de los suplicios,—el de ir todos los días por las redacciones de los periódicos ofreciendo gratis los versos de su cara esposa, que había caído en la manía de hacerlos en sus ratos de ocio (y no hacia otra cosa). A los dos meses de esta tarea insufrible el marido reventó despues de haber leído la

última produccion de su mujer, un poema en octavas reales sobre los dolores de la Virgen.

He visto, en fin, caerse un hombre de espaldas porque le obligaron á repetir todas las necesidades que había dicho la primera vez que se enamoró.

Todos estos trabajos, por grandes que sean, no pueden compararse con el de leer todos los días dos obras y tres cuartas partes de otra, en letra distinta, quizá confusa, con ortografía dudosa, con argumento incomprensible, con lenguaje y estilo diferentes.

¿Y quiénes son los autores de esas obras presentadas á la censura en el mes de julio, cuando los teatros están cerrados, cuando la mayor parte de las empresas no están aun formadas, cuando nuestros poetas dormitan ó se bañan?

¿Quiénes son esos autores desconocidos que preparan en la sombra el arma que despues ha de caer sobre el empresario con pasmosa regularidad?

¡Misterio, misterio!

¡Sesenta y ocho obras dramáticas! La mayor parte, de tres á cinco actos.

Los poetas que escriben para el teatro no acaban sus obras sino cuando está ya marcado el plazo de la representacion, y muchas veces están ensayando los primeros actos y falta por concluir el último.

Las empresas formadas en Madrid no pueden haber enviado tanta obra.

En las lista no está ninguna de las que tiene Arderius.

Aun suponiendo que el teatro de la Zarzuela, única empresa constituida hoy, haya enviado alguna, ¿de quién son las demás?

Debo creer que sus autores, preparándose á vencer las dificultades que indudablemente han de encontrar en el camino de la gloria, censuran sus obras con anticipacion, y en seguida que se forme una empresa caerán sobre ella las 68 obras del mes de julio, que con otras 68 entre junio y agosto, forman un total de 136 por lo ménos.

¡Qué nube, Dios eterno, qué nube!

En cierta ocasion tuve que sucumbir á una recomendacion de esas que le cogen á uno *la vez*. No me pude resistir; una familia á quien debia consideraciones, se empeñó en que presentase á la empresa del teatro del Príncipe el drama de un sobrinito que prometia mucho.

Pude safarme de la lectura del drama, pero no de ir al empresario del Príncipe con el recado.

El empresario leyó la obra y me llamó al dia siguiente.

—Mire Vd., me dijo, yo tendria mucho gusto en servirle; pero debo advertir á Vd. que esta obra me la traen todos los años por la misma época. Unas veces le cambian el título, otras la letra, pero siempre el mismo fondo, siempre la misma versificacion. Vd. no la habrá leído, porque de ser así no me la recomendaria. Lo mismo sucede todos los años con los que la presentan, que suelen ser ya un poeta, ya un oficial de secretaria, y á veces el amigo del ministro. El autor es incansable; todo su trabajo, una vez escrita, consiste en buscar al principio de la temporada el medio de traerla al teatro. Como esta, habrá unas 100 obras que el trabajo y el tiempo han venido acumulando sobre nosotros. Nada hay tan tenaz, tan persistente co-

A TRAVÉS DE LOS BAÑOS MINERALES

(historia de un soltero cursi).

(Continuacion.)

La madre de Jacinto, la señora Gertrudis Bueno, no pudo contener esta exclamacion:

—Con que es decir, que yo voy á ser fosforera... ¡Qué tiempos, señor, qué tiempos!

—Fosforera, si señora, añade el marido; fosforera y no de plata. Hija mia, este mundo es como un figle de esos que llevan los músicos de los regimientos, que si no se sabe tocar, sirve solo para dar sustos. La honrosa profesion de fosforero ha tenido sus celebridades, y aunque á primera vista parece cosa fútil, no deja de ser uno de los principales comercios de la civilizacion moderna. El fósforo es la luz, y sin luz no se ve, con que no digo más. Un amigo, una de estas personas que se encuentra uno rara vez entre los hombres y frecuentemente entre los perros (si fueran ricos), acaba de prestarme ocho mil reales al cincuenta por ciento para plantear mi industria. El porvenir de Jacinto está asegurado.

IV.

El Sr. D. Ignacio Pacholí no se había engañado.

A los cinco años de haber empezado su industria fosforera poseia un establecimiento fuera de la puerta de Toledo y surtia á las primeras casas de Madrid.

Aunque el fósforo es la luz, como él decia, nadie se había fijado en él ni en su prosperidad, y *sotto voce* iba creciendo su capitalito que era un portento.

Jacinto llegó á la edad de 20 años, despues de haber estudiado varias materias, y como el padre le daba para sostenerse en Madrid con cierto rumbo creyendo que el chico llegaría con el tiempo á ser embajador ó ministro, éste triunfaba y gastaba dándose tono de propietario.

Habitaba Jacinto un cuarto en la fonda de las Peninsulares.

Allí fué adquiriendo esa educacion que consiste en tratar á los extranjeros cuando se los encuentra uno en la escalera ó en el comedor.

Jacinto conoció que su corazon no tenia bastante con esto; necesitaba una mujer, y aunque en Madrid las hay de sobra, la mujer que él necesitaba deberia ser una mujer excepcional, *sui generis*, una mujer propia para ser amada de un Jacinto Pacholí. Hágase Vd. cargo.

Por supuesto que esta mujer extraordinaria la buscaba Jacinto en los círculos más aristocráticos, como la Fuente Castellana, el teatro Real y la Plaza de toros. ¡No conocia el pobre otra manera de rozarse con la aristocracia!

Una noche se hacia en el teatro Real la ópera *Favorita*.

Jacinto tenia su butaca al lado de una jóven que estaba con su papá.

La jóven era hermosa, pero pálida; alta, pero delgada; elegante, pero pobre: en cuanto al padre, tenia todas las trazas de un hombre que desea colocar á una hija.

Desde el primer acto notó la niña que Jacinto la miraba con intencion; también lo notó el padre, y apenas terminó el tercer acto, ya los tres entablaron conversacion de la siguiente manera:

El padre.—Bien, bravo; lo que más me gusta de esta ópera es la propiedad con que rompe la espada el tenor.

La niña.—¿Y por qué la rompe?

Jacinto.—Porque está de malas con el rey, señorita; figurese Vd. que tiene celos, y los celos son un dolor ¡ay!

La niña.—Pero si ella le quiere...

Jacinto.—Pero también quiso al rey...

La niña.—Eso no tiene nada de particular... En aquellos tiempos todo el mundo queria al rey.

El padre.—Muchacha, no creas tú que el querer al rey es cosa floja cuando se tiene un marido.

La niña.—Pero, en fin, despues que rompe la espada, ¿qué hace de ella?

El padre.—La tira á los piés del rey como diciendo: de ti ni el saludo!

La niña.—¡Qué grosero!

Jacinto.—Cosas del amor; yo soy tan vehemente... Y usted, señorita, ¿no ha amado Vd.?

El padre.—(Contesta que no, niña.)

La niña (á Jacinto).—Si me pregunta Vd. unas cosas...

V.

Un mes despues de esta escena Jacinto estaba para casarse con la niña del teatro Real.

La niña se llamaba Eugenia y el padre D. Segundo

mo un mal autor. Todos los años, con inquebrantable constancia, nos envían las obras de su repertorio, que son nuestra pesadilla. Figúrese Vd. que algunas de esas obras vienen ya hace una docena de años presentándose infaliblemente por el mes de octubre á todas las empresas de Madrid. Con las primeras lluvias coincide ese misterioso trabajo, y con cuánta exactitud es llevado á término! La naturaleza tiene sus variaciones: el mes de octubre, algunas veces, suele ser caluroso, otras excesivamente frío. La gente que sale á veranear se retrasa ó adelanta, según la influencia del tiempo. ¡Lo único que ni se adelanta ni se retrasa, lo único que es más exacto que la naturaleza y que los abonados, lo que está fuera de toda sujeción á influencias atmosférica y sociales,—es la caída de esas obras errantes, cometas que vagan por el cielo de la literatura y cuya cola se descubre siempre allí donde da comienzo una empresa dramática! ¡Yo las veo llegar todos los años, las despidió con la amargura del que ha de volver á verlas otra vez, me limpio el sudor, y al año siguiente la misma tarea!

Así se comprende que en el mes de julio hayan sido presentadas sesenta y ocho obras dramáticas á la censura de teatros.

Pero ¿qué será de Serra? ¿Qué será del autor de tanto galano verso, condenado al suplicio de dos obras y tres cuartas partes de otra en los calurosos días de la estación que corre?

Si Dios hubiera inventado un castigo para los que no aman la libertad, ese castigo no podría ser otro que el que sufre Narciso Serra.

Sé que en vuestros corazones hay piedad para todos los infortunios: ¡tened presente que este no tiene compañero!

Luis Rivera.

DESDE EL SUIZO A LA SUIZA

Barcelona.

(Continuación.)

Domingo....

Este es el gran día para ver á Barcelona en todo su esplendor.

Nosotros, los procedentes de aquel delicioso país en que el trabajo es una cosa de muy mal tono, no tenemos más remedio que sorprendernos al observar que aquí

Mendez de Sidonia. Lo de Sidonia es un remiendo que se había echado, porque habiendo nacido en Medina Sidonia, le parecía muy poético añadir ese graciosísimo de á su apellido. Y luego no mentía, porque era efectivamente de Sidonia.

Los apuros de Jacinto para declarar á su novia y á su papá la verdadera posición de sus padres eran de primer orden. Y ya se hacia preciso.

D. Segundo esperaba la visita formal de los padres de Jacinto pidiendo la mano de su hija; era cosa indispensable.

Pero el novio quería guardar el secreto hasta el último instante.

Llegó el día de la visita. El fabricante de fósforos y su mujer la fosforera se vistieron para ir á pedir la mano de la niña Eugenia.

Jacinto se adelantó con objeto de hacer la declaración á la niña y á su futuro suegro de la posición de sus padres.

Eugenia vivía en la calle del Sordo, en un piso cuarto, que parece octavo, de esas casas nuevas que hay junto al Prado, y cuyo piso bajo está dos varas más bajo que la calle, pero el sotabanco suele estar dos leguas más alto que el nivel del mar.

Bajaba Jacinto Pacholí vestido con su mejor chaleco blanco, la corbata más encarnada, el pelo rizado hasta la confusión, la barba medio rubia y medio estraviada que se había dejado crecer, un bastoncito de junco, una levita abrochada por la cintura y muy abierta por las solapas, botitos de charol de vaca, pantalón de campana y guantes perlas...

la población no se ve más que de ocho en ocho días. En Madrid el domingo es un día como otro cualquiera. En Barcelona el domingo es real y efectivamente un domingo.

El obrero ha pasado toda la semana trabajando y consumiendo su vida para que Vd., Sr. D. Fulano de Tal, duerma todo el año en la cama de hierro que él fabrica, ó para que Vd., señorita de las tres Q. Q. Q., luzca ese precioso vestido que él ha tejido y aderezado. Por consiguiente, ese obrero, cuando llega el sábado por la noche á su casa, se acuesta diciendo:

—¡Cómo me voy á divertir mañana!

Y en honor de la verdad, merece divertirse.

Véalo Vd. el sábado, y véalo Vd. el domingo; parece otro hombre. Peinado, vestido con sencillez y con cierta elegancia, se apodera de la población el día de fiesta, porque es su séptimo día, y porque necesita veinticuatro horas de expansión.

Da gusto salir un domingo por la tarde hácia la parte nueva de la población, donde están los teatros y los salones de baile. Así como las hormigas caminan en procesión al granero, del mismo modo inmensas procesiones de gente vestida con extraordinario cuidado y esquisita limpieza, se dirigen á los teatros y los invaden. Es un público tan bonachón, tan dispuesto á aplaudirlo todo, que merece ser obsequiado por las empresas con lo mejor del repertorio.

Y á propósito; en estos teatros las funciones de tarde se hacen á la luz del día, sin más gas que el que pueda formar el público, que aunque sea mucho, no alumbra. Es un espectáculo que sorprende al que, como yo, lo ve por vez primera. Se acuerda uno de las farsas italianas ó de los primitivos corrales.

Ver, por ejemplo, á Arderius en la escena, tal cual es en la vida privada, no me hace mucha gracia que digamos. Y oír al tenor Prats cantar aquello de

Hermosa está la noche,
alegre el corazón,

precisamente en el momento en que le da un rayo de sol en las narices, tampoco me convence gran cosa.

Pero al público no le suena mal, y basta.

Desde las tres y media de la tarde, hora en que comienzan las representaciones, hasta las once ó las doce, en que se acaban las funciones de la noche, hay tal concurrencia en todos estos espectáculos, que bien merece la pena de pasar algunas horas yendo de un punto á otro.

Los bailes campestres ofrecen un golpe de vista muy agradable. Quinientas ó mil parejas reunidas en el salón de Euterpe, bailan que se las pelan; pero con una compostura tal, si cabe compostura en el baile, que para quien conserva recuerdos de las habaneras que suelen bailarse en Capellanes y en la Zarzuela, aquello parece poco.

Así entró en la calle del Sordo, cuando se acordó de comprar unos dulces á Eugenia; ¡era el día de los dulces!

Y entró en *La Dulce Alianza*.

—Primero, decía, le hablaré de mi amor, luego le daré una yemita, y en seguida le podré decir que mi papá es fabricante de fósforos... ¡pero fabricante en grande, premiado en tres exposiciones!

Salía de *La Dulce Alianza* con este pensamiento en la cabeza y los dulces en un cucurucho, cuando al asomar la cara á la calle, sin saber cómo ¡el diablo lo hizo! se tropezó con el tren del aire, que á la sazón pasaba, y sintió en la mejilla izquierda una fuerte sensación nerviosa, ó reumática, ó eléctrica, ó magnética; ¡vaya usted á saberlo! En fin, el resultado fué que le dió un dolor en la mejilla, que se le encogió la epidermis del lado izquierdo de la cara y dejó descubiertos los dientes, porque lo que se le encogía por un lado le faltaba por el otro. Y quedó el pobre Jacintito Pacholí hecho una caricatura.

—¡Ay, ay, ay! dijo; ¿qué será esto? *Algun aire*.

Y empezó á refregarse la cara; pero ni por esas.

En esta conformidad llegó á casa de la futura.

Eugenia le esperaba.

Se había vestido á propósito para recibir la visita de los papás de su futuro; y como no son de desperdiciar estas ocasiones, cuando Jacinto llamó á la puerta no pudo contenerse la novia y echó otra miradita al espejo.

—Estoy bien... se dijo; Jacinto se va á quedar cari-acontecido cuando me vea.

Y entró Jacinto y presentó á Eugenia la cara que

Para guardar el orden entre las mil parejas, hay... un municipal.

Este municipal no ha ejercido todavía.

Estábamos esta noche varios amigos en el baile campestre de los Campos Eliseos. Clavé dirigía la fiesta. Sus coros acompañaban la música de los walses y de los rigodones. Uno de los coristas se salió de la fila y dijo algunas palabras á otro individuo que estaba cerca. Comprendimos que sucedía algo, y preguntamos lo que era.

—Es, nos dijeron, que ese corista ha visto á una pareja que no bailaba decentemente el rigodon.

—Ya.

—Ahora verán Vds.

Y en seguida el corista y el otro individuo, que era lo que llamamos en Madrid el *bastonero*, se dirigieron á la pareja, y la echaron del salón.

Ni una palabra en voz alta, ni la más pequeña resistencia por parte de los despedidos. El baile continuó, y todo el mundo contento.

¿Necesitaré hacer elogios de un país en que suceden estas cosas?

Hay dos personas en Barcelona que representan dos grandes ideas.

Dos personas cuyos nombres no caben en el periódico y cuyas biografías deben ocupar algunas páginas.

Me reservo, pues, ocuparme de ellas en el libro, y únicamente me limitaré á dejar aquí consignados sus nombres.

Esas dos personas se llaman, la una *Monturiol*; la otra *Clavé*.

El que ha oído los coros de Clavé y conoce su historia; el que ha pasado media hora dentro del *Ictineo* de Monturiol, tiene la obligación de añadir una página más al libro de méritos de esos dos hombres.

Quedan, pues, emplazados para el libro.

Eusebio Blasco.

LO QUE DEBEN DECIR LOS DIENTES

En la boca de un sábio.

—¿Cuántos estamos?

—Espérate que pase revista. Uno, dos, tres, cuatro, y una muéla cinco.

—Pues ¿no éramos ayer seis?

—Sí, pero el compañero de la izquierda se fué anoche de resultados de un resoplido que dió el amo leyendo *El Español*.

—¡Bá, bá! Esto no es vida. A mí me tiemblan los huesos siempre que se abre la boca. Esto de no poder comer más que sopas me tiene muy disgustado.

—¿Qué dichosos éramos cuando el amo no sabía nada!

—Entonces, ¡todas las delicias de la gastronomía y del amor!

traía, que no era cara, sino barata, á juzgar por lo poco que valía.

Así que Eugenia le vió, le dijo:

—Lo sospeché... Esa mueca es el asombro que te causa mi traje, ¿no es verdad, Jacintito?

Y Jacintito, con la cabeza levantada, la boca torcida y enseñando los dientes, permaneció un rato delante de Eugenia sin atreverse á dar un paso.

—Vamos, hombre, basta de aspavientos y siéntate.

Y Jacinto de pié.

—¿Te ries de mí? Pues qué, ¿no estoy bien?

—Sí, mujer, sí, estás muy bien, pero yo estoy muy mal.

—¿Qué dices?

—¿Ves esta boca?

—Sí.

—Pues esta boca no está en su sitio.

—¡Cielos, tienes la boca torcida! ¿De qué?

—Nada, ya pasará; un aire... ¡Toma!

Y puso en manos de su futura el cucurucho de dulces.

Eugenia lo tomó, sacó uno, se lo comió y volvió á fijarse en la cara de Jacinto.

—¿Sabes lo que te digo, Jacinto? Que me das risa.

Jacinto hizo un gesto de desesperación mucho más ridículo que los anteriores, y la boca se le contrajo más, y la caricatura resultó más recargada.

Luis Rivera.

(Se continuará.)

EL TELESCOPIO DEL PRADO



—Yo voy á ver el planeta Vénus; ¿y ustedes, señoritas?
 —Nosotras quisiéramos ver si por allá arriba queda todavía algun primo.

—Yo estaba tan blanco y tan reluciente, que cuando se casó el amo, su mujer tenia que hacer siempre conmigo; Ya se ve, como estaba en la puerta de la boca! Porque yo he sido muy gracioso.
 —No se te conoce.
 —Pero ¿qué demonios sabrá el amo, que todo el mundo le llama sábio, y no sabe siquiera componerse la boca?
 —Di tú que estos sábios me los paso yo por debajo del colmillo.
En la boca de una bailarina.
 —¿Estamos ya en escena?
 —¿No ves la gente?
 —Es verdad... todos los gemelos se fijan en nosotros... Cuando baila la señora, descorre los labios y nos enseña sonriendo al público.
 —Algunos miran hacia abajo; no sé qué se figuran que son los pies.
 —¡Torpes! La gracia está en nosotros; sin nosotros, no hay baile... ¡Alza, salero!
 —Ahora viene el *batimant*.
 —¡Cómo aplauden, chico!
 —Saludemos; es por nosotros.

En la boca de un juez.
 —No he visto un hombre más aficionado al dulce que este. Desde niño vengo sufriendo crueles angustias por su capricho inverosímil.
 —Y yo. Hème aquí medio muerto.
 —Sin embargo, tú no estás dañado... tú te tambaleas, pero no tienes los nervios tan padecidos. ¡Ay, ay!
 —No grites, que el amo va á firmar una sentencia, y está vacilando entre aplicar la pena de muerte ó la inmediata.
 —¡Si no puedo estar! ¡Ay, ay!
 —Buena la has hecho. Exasperado contigo el amo, ha condenado á muerte al reo.
 —¿Y qué me importa? Si mañana no me lleva á casa del dentista, emigro.

En la boca de una vieja.
 —Estoy solo, y tengo miedo. Esta boca me hace el efecto de un bosque á media noche. Parezco un bandido de *La selva negra*. Cuando tiendo la vista por mi alrededor y veo desiertos los lugares que ocupaban mis hermanos, me da frio. Allí estaba el incisivo, acullá la muela, más acá el colmillo... ¡Esto es una desolacion! Luego ¡estoy tan delicadito, que lo caliente me molesta y

lo frio me mata! Yo soy la pirámide de Egipto que dice al desierto de las encias: ¡Desde esta altura setenta abríles os contemplan!
En la boca de un elegante.
 —Vecino, ¿me quiere Vd. explicar la operacion que esta mañana han hecho á su lado?
 —¿Qué operacion?
 —Yo sabia que por la derecha no tenia Vd. compañero, porque lo habian extraido á viva fuerza á causa de sus peloteras con las encias.
 —Es verdad.
 —Y veo el hueco ocupado por un intruso que hasta ahora ni siquiera se ha dignado darnos las buenas tardes.
 —Está como gallina en corral ajeno.
 —Que hable.
 —Eso es, que se explique.
 —Señores, no tanto alboroto; yo estoy aquí porque el amo me ha comprado. ¿Ven Vds. este hilo de oro? Pues con él estoy agarrotado sin haber cometido ningun delito. Nací para otra cosa, y la mala suerte me condena á dura servidumbre.
 —¿Podrá Vd. ayudarnos á mascar?
 —¿Por qué no?
 —Bueno, si Vd. *muele* su parte, seremos amigos.

En la boca de un viejo verde.

Coro general.—Todos acabamos de llegar... Todos somos nuevecitos... Para alojarnos cómodamente han tenido que extraer unos cuantos raigones... ¡Alinear por las encías!... ¡arm!

—¿Estaremos seguros?
—Parece que sí. El amo nos mimaba mucho. Por las noches nos coloca a la cabecera de la cama, y solo nos hace trabajar de día.
—A mí me carga tanta limpieza.
—A mí me da risa el esmero que pone en sonreír cuando pasamos por delante de una cara bonita.
—¡Eso es que quiere lucirnos!

Coro general.—Todos acabamos de llegar... Todos somos nuevecitos... Para alojarnos cómodamente han tenido que extraer unos cuantos raigones... ¡Alinear por las encías!... ¡arm!

En la boca de un cesante.

—Una, dos, tres, cinco, siete, doce... ¡doce horas con los brazos cruzados! ¡Me quiere Vd. decir para qué estamos en el mundo?
—¡Y con una salud tan robusta! En clase de muelas no hay quien se me ponga por delante.
—¡Yo soy el primer colmillo del orbe católico!
—¡Yo devoro!
—Eso quisiera Vd.
—Es decir, devoraría si pudiese...
—¡Compañeros, alerta, que ha caído que hacer!
—¿Viene algo? ¡Preparémonos!
—¡Ya entra!... ¡Jan, jan!
—¡Calle, si es pan!
—Hagamos algo, siquiera por no criar moho. ¡Jan! ¡jan!

En la boca de un carbonero.

—¡Me avergüenzo de asomarme a la cara!
—Una cara tan negra... tan sucia...
—Y nosotros tan limpios.
—Francamente, merecemos otra cosa.

En la boca de una mujer elegante.

—Es mucho cuento que no le han de dejar a uno descansar un instante.
—Siempre lava que te lava.
—¿Con qué diablo nos untaron ayer que me dió un dolor de costado muy regular?
—Con esencia que tenía espíritu de sal.
—Pues como no supriman ese espíritu, va a dar al traste con nosotros.

En la boca de un empleado.

—¡Aprovechemos la ocasión!

Luis Rivera.

CABOS SUELTOS

La caricatura de este número es debida al Sr. Perea, a quien ya conocen nuestros suscritores por sus chispeantes dibujos en la primera época de GIL BLAS.

Contamos, pues, también con la colaboración de este acreditado dibujante.

Debe alegrarse *El Español* de que los periódicos la emprendan con él.

¡Es tan dulce poder decir:—Ahí me las den todas!

En cambio, la inocencia de los periódicos que riñen con *El Español* es digna de elogio.

¡Pobrecitos! ¿Por qué os enfadáis?

Los periódicos reproducen el discurso de Mr. Gladstone, en el que este famoso estadista hace grandes elogios de la prensa periódica.

Los periódicos neos se indignan contra estos elogios. ¡Pobres gentes, condenadas a renegar y maldecir de sus propias obras!

Hé aquí una copla que oí cantar en la verbena de San Lorenzo. Tiene el estilo y la gramática de los barrios bajos:

Ya pasó la verbena
de San Lorenzo;
ya pasó la verbena,
todos pasemos.
Que en este mundo
quien no pasa primero
pasa segundo.

La censura de teatros ha prohibido un drama titulado *Luchar entre amor y honor.*

Supongo que el protagonista se decidirá por lo primero.

En la estación del Norte:

—¿Cómo van los negocios, D. Juanito?
—Perfectamente; acabo de hacer una contrata con la empresa del ferro-carril.
—¡Hombre!
—Sí señor, por 19 duros me lleva y me trae de París.
¡Si vuelvo sano, eso me encuentro!

El *Correo de los Estados-Unidos* trae la siguiente anécdota:

«Un negro fué llevado ante el juez de paz:
—¿Qué le trae a Vd. aquí? preguntó el juez.
—Traenme dos polizontes.
—¿Por borrachera, eh?
—Sí señor, los dos estaban borrachos!»

—¿Qué desgraciado es el conde de X...!
—¿Por qué?
—Le ha hecho el amor a una jóven pobre, a la cual se le ha antojado casarse con él.
—¡Toma! Pues que no se case.
—¡Ya! Pero como es antojo de mujer...

Porque hablamos de las cubetas urinarias, dice *La Regeneración* que combatimos «a la reacción en su misma fuente.»

¡Pues en buenas fuentes bebe!

Hemos recibido el cuaderno núm. 23 de la curiosísima obra que publica nuestro amigo el Sr. Cortés y Morales con el título de *Diccionario doméstico.*

Soneto.

Un ángel era la mujer que amaba;
yo entonces a lo menos lo creía,
y sin cesar la estrella bendecía
que tan rico tesoro me brindaba.

En sus hermosos ojos me miraba,
y llena de ilusión el alma mía,
los dulcísimos néctares bebía
que su risueña boca destilaba.

Pero un día neguéla abiertamente
un capricho pueril, en el instante
de hallarme reclinado entre sus brazos,
Y el hasta entonces ángel inocente
se abalanzó furioso a mi semblante
y me dejó cubierto de arañazos.

Después del ruiseñor, el hombre es el animal que más trina.

De este mundo al otro dicen que no hay más que un paso.

De ser cierto, ¡qué ventaja para los montañeses, asturianos y gallegos, que podrían ir a América sin costarles un cuarto!

Uno de los hombres que más se han elevado sobre las miserias humanas es Nadar.

¡Cuántas cosas no encubre un sombrero de copa alta!

Juan y Antonio están tumbados a la bartola, como suele decirse, a la sombra de unos árboles.

Dice el primero:
—Chico, es preciso cambiar de vida; busquemos una posición.

—En este momento acabo de encontrar una para mí.
—¿Sí? ¿Y cuál es?
—¡No lo ves? la horizontal.

Con corridas de toretes, novelas de cuatro cuartos... la entrega, y poetas como Gil Orozco, el que no se divierte en España es porque no le da la gana.

Oí decir con enfado
al compañero Simon:
—Ocupo un puesto elevado.
Y le sobraba razón.

—Rosa, serás infeliz
con D. Juan; es hombre serio,
y luego ¡tiene un imperio!...
—Mejor; seré emperatriz.

Entre soldados:

—Recluta, empresta dos reales,
que ya te los pagaré.
—Allá van... ¿y cuándo piensas?...
—Yo no pienso, gran soez.

PASATIEMPO

Solución a la Charada del número anterior:—Casto.

CHARADA

Dijo a Jacinta Colás
prima y segunda una vez,
y ella contestó: pardiez,
que no quiero oírlo más;
y tercera, cuarta y quinta
desde entonces le está dando,
y anda el pobre suspirando
por su querida Jacinta.
En mi todo frente a frente
se hallaron una mañana,
Colás con una aldeana,
Jacinta con un teniente.

(La solución en el número próximo.)

ANUNCIOS

TERMAS DE MATHEU EN ALHAMA DE ARAGON

TOCANDO CON LA ESTACION DEL CAMINO DE HIERRO.

La pulverización de los 222 litros por segundo del agua calificada de termo-acidulo-carbónico-ferrosa-azoadada que se precipita en la gran cascada, cura radicalmente la coqueluche por medio de las inhalaciones, que son igualmente un poderoso remedio para las enfermedades de los órganos respiratorios. Encima de los establos de vacas hay habitaciones para los que necesitan respirar una atmósfera saturada con los gases de aquellas. Las aguas tienen un gusto exquisito: tomadas en baño é interiormente curan el reuma, cualquiera que sea su procedencia; así como la parálisis, enfermedades de la orina, de la matriz, del estómago, las heridas producidas por arma de fuego ó blanca, aunque haya carie en los huesos, y otros males. Los precios de alojamiento y comida varían de 20 rs. a 50. Los jardines, frondosas alamedas y paseos, el gran lago termal con sus cinco falúas, y otras distracciones, hacen agradable la estancia en esta deliciosa finca.—3.

BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén, charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construcción alemana. Precios moderados.

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martín, calle del Lobo, número 40, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud y economía.

También se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc. etc.

ACEITE DE BELLOTAS PARA LOS CABELLOS.

calle de Jardines, 5.

Precio: 6, 12 y 18 rs. frasco.

Faltaríamos a los deberes que la conciencia impone, si no aconsejáramos al público la mayor precaución en adquirir los aceites, las pomadas y otros cosméticos desconocidos, que el charlatanismo más descarado nos ofrece todos los días. La fisiología humana presenta nuestra piel perforada por infinidad de agujeritos ó poros, y que son los orificios de los vasos exhalantes y absorbentes, por donde fácilmente pueden penetrar los venenos que muchas composiciones contienen y producir funestos estragos en la economía.

Se ha calculado que el número de estos vasos en toda la superficie del cuerpo asciende a dos mil ciento sesenta millones. Los experimentos del célebre físico Fontana han probado que un jóven que entró en un baño a la temperatura de 25 grados, después de permanecer un cuarto de hora en el agua pesaba 90 decigramos más, sin contar los 50 de exhalación pulmonar. Los que quieran estar libres de todo inconveniente pueden usar nuestro *Acete de bellotas para el tocador*, recomendado por la ciencia, la experiencia y por más de sesenta periódicos ilustrados. El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de S. A. RR.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 4867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.